

CAPITULO NOVENO.

UNION DE LOS OBISPOS CON EL PAPA.

La Iglesia de Dios posee hoy un Papa santo, venerado, obedecido, más poderoso que ninguno de sus predecesores lo fué jamás; y la Cátedra de Pedro, más que nunca, es considerada como la clave de la bóveda del orden social. Recorramos la historia, después de diez y ocho siglos: no encontraremos un Papa, ni uno solo decimos, a quien el mundo católico haya más dócil, y unánimemente saludado con mas ternura, Obispo de los obispos, Pastor de los pastores, Jefe y Padre de todo el rebaño de Cristo. Nosotros estamos en un gran momento de los anales del mundo, asistimos a un espectáculo nuevo, y la posteridad nos felicitará por haber contemplado la aurora de las maravillas que le esperan.

En todo el orden de los obispos, ¿cuál es la cabeza que se levanta contra Pedro, y la voz que habla contra él? ¿Quién resiste, quién podrá resistir, quién podrá admitir solamente el pensamiento de una resistencia como las ha habido en todo tiempo? Si en alguna parte, lo que no parece ser posible, un obispo sostuviese un error, preconizase la política anticristiana de un poder cualquiera, rehusase hacer su deber, el Papa le escribiría: *Hermano mio, os engañais*. Y el rebelde vería desde luego alejarse a sus partidarios, a sus discípulos condenarle; *se vería solo y doblaría la rodilla*. Si quisiese contestar, tanto atrevimiento no causaría espanto, le haría caer en ridículo; no se concebiría su obstinación. El Titán sublevado contra Roma no parecería sino un débil espíritu, ni sería otra cosa. Tal es hoy en la Iglesia el poder papal.

principios, como la ceremonia verificada la víspera ha sido una canonización de personas. Este rasgo de analogía une los dos sucesos tan diferentes bajo otros respectos, que han visto verificarse en las fiestas de Pentecostés la basilica y el palacio del Vaticano.

«Segun lo que acabo de exponeros en esta conferencia, ¿no tenia razon, señores, de deciros al empezar, que durante mi permanencia en la Ciudad Santa, he respirado el espíritu de todo el episcopado en su doble piedad hácia el Padre comun, que es el ángel terrestre de todas las diócesis, y hácia nuestros hermanos los Bienaventurados, que son los celestes protectores? Esta mansion estuvo llena de beneficios sobrenaturales: yo me persuadiria que he tenido de ella un sentimiento vivo, si no temiera que por mi culpa se haya limitado, respecto de mí, aquella plenitud.

¡Cuántas bendiciones he podido obtener para los fieles confiados a mis cuidados, para vosotros, para mí, por intercesion de estos nuevos santos, que han concedido sin duda las primicias de sus favores a los que acababan de concurrir a la inauguracion de su culto! Otras gracias vinieron tambien sobre nosotros por otro lado. ¡Cuántos estímulos hemos recibido cuando el día-aniversario de su coronacion, el Santo Padre, dirigiendo una mirada sobre el gran círculo de obispos de que estaba rodeado, se dignó asegurarles que si habian caído algunas piedras preciosas de su diadema sagrada, su corazon encontraba una compensacion en esta corona viviente en que cada diócesis tenia su nombre y su emblema! En sus conversaciones particulares, nos consolaba de sus penas, con tanta afabilidad como majestad habia tenido en las pompas de la canonización. Lo que ha caracterizado el espectáculo que se ofreció a nosotros en estos días benditos, es que la sombría figura de los males presentes se dibujaba en alguna manera sobre un fondo brillante que era la gloria de los santos. Bueno es, señores, sobre todo en el tiempo de prueba, que una coincidencia extraordinaria de solemnidades religiosas nos excite viva-

mente a considerar bajo un mismo aspecto, y por decirlo así, bajo un solo golpe de vista, la apacible inmortalidad de los justos descansando al fin de sus trabajos, y esta otra inmortalidad de la Santa Sede luchando con las agitaciones y los siglos. Estos pensamientos reunidos nos hacen siempre mucho bien, aun cuando no estén expresados mas que por la palabra interior del alma. Pero ellos dejan en la memoria huellas muy marcadas, cuando las magnificencias del culto, el lenguaje simbólico de las artes cristianas, las emociones de un gran concurso, el cuadro sublime que forman los monumentos y los recuerdos de Roma, les han dado la mas bella expresion que puedan tener sobre la tierra.

«Llevaba estos pensamientos conmigo cuando iba, la víspera de mi partida, a ofrecer el sacrificio de la Cruz sobre el sepulcro del Príncipe de los apóstoles. Los dos sentimientos, entre los cuales estaban divididas las horas de mi permanencia, venian a concentrarse en este altar. El nombre de San Pedro, que abre la serie de los Pontífices romanos, se encuentra tambien al principio de la lista de los mártires de Roma. El primero de estos Papas es el primero de sus santos nominalmente suscritos en sus dípticas. Orando sobre su sepulcro, hacia remontar mis sentimientos hasta el origen comun de la autoridad y de la santidad romana. Tenia desde luego que darle gracias por los favores espirituales que ha derramado por las manos paternas de Pio IX, sobre la diócesis de Perpignan, sobre su clero y su obispo. Pero ante todo debia suplicarle que nos obtuviera la gracia de estar constantemente adictos a aquel en quien continúa viviendo, y la dicha de tomar santamente parte en las aflicciones de su Iglesia.

«Para afirmarnos en estos sentimientos, dirijamos, señores, nuestras miradas hácia las pruebas de los tiempos pasados y a los grandes ejemplos que ellos nos han legado. En su viaje sobre la tierra, la Iglesia de Dios está acostumbrada a días de duelo, las tribulaciones le suceden como aniversarios. En materia de tristeza, no ha habido jamás

nada nuevo bajo nuestro sol. Pero es necesario tambien que no haya nada insólito en la manera de soportar las aflicciones de nuestra Madre. Las quejas desesperadas, el abatimiento, la inercia que esto produce, serian novedades. Las generaciones fieles que nos han precedido han tenido el corazon firme en las adversidades. Nosotros debemos unir nuestras penas a sus penas, para poner al mismo tiempo nuestra conducta tan cerca de sus ejemplos, que no sea sino como su prolongacion. Debemos demostrar que la invariabilidad, que es uno de los caractéres del catolicismo, se reproduce en la permanencia de los sentimientos que inspira siempre bajo el golpe de las pruebas, y que nuestra unidad de fe, ya tan visible bajo tantos aspectos, va a reflejarse hasta en la santa unidad de nuestros dolores de todos los tiempos.

«En los últimos dias que he pasado en Roma, he notado un simbolo material muy bello de esta union que fortalecerá nuestras almas.

«Para agrandar el cementerio situado cerca de la basilica de San Lorenzo, extramuros, se han tenido que cortar en su longitud las laderas de un monte vecino. Cuando el terreno que esta operacion separaba dejó descubierto, al caer, el corazon de la colina, vimos aparecer allí las catacumbas de un subterráneo sagrado que habia servido para las sepulturas cristianas de los primeros siglos. Precisamente hácia este lado y un poco mas abajo se encuentra, en el nuevo circuito del cementerio, la parte reservada para los muertos del ejército pontificio. Sus fosas recientes están resguardadas por estos viejos sepulcros. Hagamos lo mismo con nuestras tristezas de hoy; coloquémoslas a la sombra de las tribulaciones y de la paciencia que han santificado a nuestros padres, y continuemos todos la tradicion de valor cristiano, como debemos perpetuar la de la fe.

«Afirmándonos, señores, en estas disposiciones, es como veremos realizarse en nosotros la significacion de lo que se ha hecho en Roma. Dos cosas han sido allí proclamadas,

las virtudes de los santos y los derechos de los Papas. ¿Queremos ser los apoyos dignos de los derechos? Seamos los imitadores de las virtudes. El carácter sagrado de la causa en que nosotros queremos servir debe reflejarse diariamente en la santidad de nuestra vida. ¿Podrémos creer que somos sinceramente adictos al sucesor de Pedro, si no podemos decir como Pedro, al Divino Maestro: *¿Señor, vos sabeis que os amo?* Al responder a estas palabras fué cuando Cristo le anunció, no solamente bajo forma de promesa, sino por una orden terminante, que le constituía Gefe de la Iglesia: por estas mismas palabras, pronunciadas en nuestro corazon, el Salvador nos da un lugar entre los verdaderos defensores de la Iglesia en medio de las luchas actuales. Comprenamos bien que el amor a Jesucristo es el único principio de nuestra fuerza en todo lo que hagamos por su Vicario. No tenemos que buscar mas léjos mejor método para provocar las simpatías en favor de esta gran causa; si nosotros queremos, este método lo hallaremos en nosotros mismos. ¡Qué propaganda mas continua que la influencia de las virtudes sacerdotales! ¡Qué servicio hecho a los intereses religiosos mejor que la vida de un buen sacerdote! su espíritu de recogimiento y de oracion, su amor al trabajo, su paciencia, su desinterés y su caridad, disponen a las personas que le observan para amar y venerar lo que él venera y lo que él ama. Dios da a menudo poder a sus menores palabras. ¿Benedicirá tambien los esfuerzos de aquellos que sean por sus funciones sus ministros, sin ser por sus virtudes sus amigos? Recordemos que el libro de los Macabeos, hablando de ciertos israelitas que habian perjudicado a la causa que pretendian servir, dijo, *que ellos no eran de la raza de estos hombres* por quienes el pueblo de Dios habia de ser salvo. Procuremos ser de esta raza, pero reconociendo que nosotros no ocuparemos en ella sino el último rango. Hijos adictos de Pio IX, por nuestro amor, seamos fieles a sus derechos; seamos fieles a sus ejemplos, para ser al mismo tiempo, por nuestra conducta, los hijos de los santos: *¡Filii*

Una autoridad tan fuerte y tan bien establecida en la Iglesia, es fuerte y bien establecida en todas partes. Se ha creído minarla, y solamente se le ha rodeado de fosos y palizadas. Ella es allí el centro de todos los intereses humanos, última muralla de la civilización, cuyo primer origen fué ella. No se le puede tocar sin que todo sea amenazado; si ella se desploma, todo se desplomará; todo el mundo lo sabe, lo ha visto y lo ha dicho. Es pobre, débil, desnuda de todo poder material; pero ella tiene siempre la palabra fecunda que crea los pueblos, las instituciones, los imperios.

A pesar de esta palabra, Mazzini podrá alguna vez tomar a Roma; podrá, si Dios lo permite, aun prender al Papa: Pio IX no es el primer Papa a quien se haya visto en el destierro, y no será el primero a quien se haya visto cargado de cadenas ó sobre la cruz; pero Mazzini no prenderá al Papado, porque Dios no lo puede permitir. Un día, Mazzini, si su destino es capaz de tanto honor, será ahorcado ó arrojado en un calabozo, ora sea por algunos de sus amigos a quien Dios dé esta misión, ora por un ejército que el Papa fugitivo, ó cautivo, habrá levantado con solo el movimiento de sus labios; y el Pontífice inmortal, atravesando las poblaciones arrodilladas, volverá por un camino de flores a volver a tomar la corona de espinas que desgarró su frente, pero que aterra a las de los otros. Presidirá como lo reclama su oficio de diez y ocho siglos, los destinos de la humanidad, sentado sobre esta cátedra de la doctrina y del martirio, que siempre vacilante, verá caer todo y levantará todo lo que no debe perecer.

Para sostener el combate contra el mundo, la Iglesia no ha dicho nunca más que dos palabras, pero dos palabras que ha sellado con su sangre. A los que quieren cometer la injusticia, ha dicho: *Non licet*; a los que quieren hacerla cómplice de ella, ha dicho: *Non possumus*. Con estas dos palabras ha vencido a la multitud innumerable de opresores y de sectarios que han emprendido persuadir a los hombres que todo les era permitido, a fin de poder ellos mismos per-

mitírselo todo. Por estas dos palabras, el derecho y la justicia han permanecido inmóviles sobre la tierra. Nadie impedirá a la conciencia humana el saber quién los ha sostenido.

Ninguno puede decir aún lo que ha perecido, lo que quedará, ó lo que se levantará de las cosas antiguamente establecidas que ha trastornado el choque revolucionario. Lo que cada uno puede ver al presente, es que el Papado será el instrumento de Dios para la reedificación de la sociedad, y que la historia de los reyes y de los pueblos futuros, será la misma que la de los reyes y pueblos pasados: dichosos mientras que han protegido a la Iglesia: grandes mientras que la han amado. *

Ha bastado un simple deseo expresado por el Santo Padre, para atraer a sus pies de las extremidades del mundo, un gran número de ilustres obispos cargados de años y de méritos. **

Un distinguido escritor, M. Laurentie, hace con este motivo las bellas reflexiones que siguen:

Toda admiración se agota ante el gran espectáculo de Roma en este momento, y toda voz es impotente, para decir las impresiones que hace nacer en las almas este espectáculo.

Y no obstante esto no es una cosa nueva. El estado de Roma, con el concurso de estos cuatrocientos obispos veni-

* L. Veuillot.

** Uno de los diarios más impíos, el *Avenir national*, se ha visto precisado a hacer esta confesión:

“A una palabra del Papa, despojado de una parte de sus antiguos Estados, obispos, arzobispos y cardenales acuden a Roma de todos los puntos del mundo católico. No se ha disminuido, pues, el poder espiritual de Pio IX. El Papa conserva, pues, en materia de disciplina y de doctrina, su autoridad soberana é incontestable. Puede siempre comunicar sus órdenes a los cuatro puntos del globo y mandar a los jefes de su milicia desde New-York hasta Calcutta. Ha podido definir un nuevo dogma, y se pretende que va a convocar un concilio ecuménico. ¿Qué más le falta?

dos de todas las extremidades del universo, es, en realidad, el estado natural y constante de la santa Iglesia católica; y si estos obispos no están siempre reunidos alrededor del Pastor supremo, siempre están cerca de él por la fe, siempre a sus piés por la obediencia y por el amor, y a la mas ligera señal de su deseo todos se precipitan, y vienen a atestiguar que aunque ausentes están presentes, y separados están unidos; y por esto el estado presente de Roma es magnífico, porque hace sensible a todos los que no la verian tal vez, la perpétua unidad de la Iglesia en la dispersion de los pastores que extienden su luz a todas las naciones del universo.

En vista de este espectáculo, ¡qué contraste forma la anarquía de opiniones, de sectas, de ambiciones y de odios que aquejan a la humanidad! Reunidos ó no, los hombres están en todas partes divididos, en todas partes enemigos; el interes no los acerca, algunas veces, sino para manifestar que no ha de unirlos jamas.

¡La Iglesia ha muerto! exclaman algunos maestros del ateismo; y despues de ellos, las turbas de aprendices ateos van repitiendo: ¡la Iglesia ha muerto!

Por qué no dicen: ¡El sol se ha extinguido! La Iglesia ha muerto para ellos, que no la conocen ni la ven; niegan el sol porque están ciegos; no sospechan que si la Iglesia estuviera muerta, todo seria anarquía y tinieblas.

En este siglo de pasiones y de frenesí, la Iglesia es la única autoridad que subsiste para ilustrar y conducir el mundo moral. Toda otra ley de los espíritus está abolida; ¡qué hombre cree a otro hombre? ¡qué razon se sujeta a la razon de otro? Aquello a que se da el nombre de filosofía termina forzosamente en la consagracion de una sola autoridad, que es la de la fuerza; condicion última de vida en la sociedad humana, puesto que, en fin, la sociedad debe vivir, y que no puede vivir sin ser ordenada, aun a costa del horrible sacrificio de la libertad de todos a la supremacía de algunos.

Union de todo el Episcopado para la defensa del poder temporal.

A su regreso de las grandes fiestas de Roma, en el mes de Junio de 1862, el elocuente obispo de Perpignan, Mr. Gerbet, dirigió a su clero una *Conferencia muy notable*, de la cual extractamos lo siguiente:

«Existe, señores, una vasta coleccion, cuya publicacion, ordenada por el Santo Padre, comenzó en 1860, y se ha continuado en 1862. Es una coleccion de cartas dirigidas por los obispos al Soberano Pontífice, de instrucciones pastorales, y de diversos escritos sobre la necesidad del poder temporal de los Papas, sobre el sostenimiento de sus derechos, sobre los atentados dirigidos contra él. Esta coleccion, que comienza por un documento del obispo de Albano en el antiguo Lacio, nos presenta en su última página, una pieza firmada en Perth, en la Australia Occidental. Ha dado la vuelta al mundo. Si seguimos las líneas que ha trazado sobre el globo, se verá que despues de haber surcado la Europa, penetra en las montañas del Asia menor, se extiende en la Persia, el Thibet, las Indias orientales, el imperio Anamita, la China; al mismo tiempo que en otra direccion rodea al Africa, recorre la América del Norte, del Centro, del Sur, y se desparrama, en fin, en las Islas de la Oceanía. Hé aquí el derrotero del pensamiento y del sentimiento católico sobre Roma.

«Esta grande obra, tan imponente por su carácter general, se presta a interesantes y minuciosas notas. Ella ofrece en su unidad una diversidad de matices nacionales, así como lo ha hecho notar el sabio autor del discurso preliminar colocado al frente de la coleccion. Los documentos de Italia tienen una suave claridad, donde el arte de instruir se une a una unción tierna y persuasiva. Lo que se encuentra mas sobresaliente en las producciones francesas, es el lado militante, la polémica elocuente. Más allá del Rhin, y sobre las

orillas del Danubio, se encuentra como un depósito de ideas grandes y profundas en las lucubraciones de la meditación Alemania. Las instrucciones pastorales de la Inglaterra y de la Irlanda, notables por más de un título, ponen particularmente en relieve este sentido práctico que distingue a la Gran Bretaña. Yo agrego que se reconoce en las proclamas religiosas de la España, el carácter de la noble nación que ha dado el Cid á la caballería, y Ximenez a la Iglesia. Los obispos, aunque unidos por un pensamiento comun, han dejado en sus escritos un tinte de su genio nacional, así como los antiguos Padres han señalado sus obras teológicas por un vivo reflejo de su genio individual. Así es como en el mundo físico, el elemento luminoso se produce bajo colores diversos, que no destruyen la unidad de la luz.

La identidad sale del fondo de estos celajes. La fuerza de la doctrina que ha dirigido a los obispos no aparece mejor que bajo la diversidad de estas formas. Esta doctrina es tan viva en todas partes, que no han tenido necesidad de conferenciar para entenderse. El prelado que reside en México sabia de antemano lo que pensaria el metropolitano de Varsovia. El Arzobispo armenio de Neocesarea, el arzobispo Caldeo de Amadia, no han guardado las cartas doctrinales de la Nueva Zelandia. El primado de Dublin no temió ser contradicho por los obispos que residen en Hyderabad en el Dekkan y en el Hassa Thibet. Dispersos en toda la superficie del globo, los gefes de las diócesis se han encontrado, sin concierto anterior, en una misma declaracion de principios, en una misma apreciacion del estado de las cosas; y este acuerdo se ha producido tan velozmente como lo ha permitido la distancia de los lugares. ¿No es evidente que no se puede explicar esto, mas que por la fuerza de una doctrina preexistente, que se conservaba con tranquilidad, que no hacia ruido en el mundo, y que ha estallado cuando circunstancias extraordinarias han provocado su explosion?

«La publicidad dada a los documentos que son la expre-

sion de esta doctrina, ha puesto fuera de toda controversia la unanimidad del episcopado. Desde ántes estábamos ya ciertos de esto, pero no podiamos dar la prueba material. Ahora esta prueba existe, está consignada en una inmensa recopilacion, en un depósito auténtico, visible a todos, é indestructible. Esta prueba no es solamente material es monumental.

«Ved, pues, señores, lo que vienen a ser, frente de este consentimiento universal, las pequeñas insinuaciones a las cuales se ha tenido que recurrir para debilitar de antemano la impresion que produciria el movimiento católico. Los diarios revolucionarios nos han hecho sus confidencias sobre los motivos secretos que han determinado las convicciones del gefe de la Iglesia en las circunstancias actuales: nos han contado que el Santo Padre cedia a la presion que sobre él ejercia el espíritu poderoso de su primer ministro. Esto seria desconocer todo lo que hay de elevacion en la inteligencia de Pio IX, de firmeza en sus juicios y de vigor en su bondad. Pero en fin, ellos decian esto. Algunos hacian entrar en esta conspiracion de influencias decisivas a varios prelados de la corte romana. Otros, ensanchando todavía mas el círculo de estas obseciones, comprenden en él a todo el Sacro-Colegio. Pero hé aquí, que este círculo, que estaba limitado al gabinete del secretario de Estado, tiene ahora una circunferencia que toca a todos los puntos de la tierra. Se nos dirá al presente que todos los obispos del mundo se han dado la palabra para encadenar la libertad moral del Papa. Sí, ha habido una cadena; pero una cadena de asentimiento y de amor. Sí, allí hay una presion; pero es la presion de una familia que abraza a su padre.

«Hé aquí, señores, algunas de las reflexiones que me ha sugerido el segundo acontecimiento religioso que tuvo lugar no há mucho en Roma, y que corresponde dignamente al primero. El discurso de los obispos aprobado por el Papa, ha sido, por decirlo así, una especie de canonizacion de